

La extraordinaria historia de Juan Barreto 39 y 40

Carlos Roncero



Image not found.

Capítulo 1

39

El plan propuesto al monarca por don Alfonso era de una insensatez tal que su fracaso no se contemplaba. Los cuchillos quedarían expuestos en una cámara privada a la que solo se tendría acceso con el permiso del rey. Además, la puerta estaría custodiada por dos guardias y se había tapiado la única ventana de la estancia. Todos confiaban en que don Diego no soportaría la tentación de acudir a la fiesta, amparado en su anonimato y probablemente disfrazado, para recuperar sus amadas armas. Juan Barreto y Rocío se pasearían entre los invitados con el objetivo de llamar la atención del pirata quien, sin duda, acudiría junto a ellos. Juan Barreto le convencería de tener acceso libre a la cámara de los cuchillos y, una vez dentro, ya no tendría escapatoria.

Desde luego, el monarca era consciente de que para que el plan funcionara era imprescindible que el pirata acudiera. Había una probabilidad importante de que no lo hiciera, pero, aún así, el rey deseaba intentarlo. Don Alfonso, por su parte, ya se había encargado de insistirle en la infalibilidad de lo trazado.

- Mi hermano quiere a esos cuchillos más que a su propia vida. ¿No veis, majestad, que sin ellos no tiene acceso a sus riquezas?

- Queréis decir mis riquezas- y enfatizó el pronombre con toda la intención.

- Por supuesto, majestad- tras lo cual, don Alfonso se inclinó con pomposidad.

Cualquier sentimiento de inferioridad que pudo haber provocado a Juan Barreto entrar en el palacio real, que se lo causó, quedó anulada por sus nervios. Paseaba de un lado a otro del salón enfocando constantemente su mirada hacia la puerta a la que se accedía a los cuchillos. Los guardias apostados a ambos lados, tan fornidos como serios, contemplaban con indiferencia sus idas y venidas. Incluso el maestro empezó con una manía que creía haber vencido hacía tiempo.

- Os mordéis las uñas, Juan Barreto- le dijo Jovellanos llegando por la espalda-. No deberías estar nervioso. ¿Qué lugar más seguro que este podríais hallar en Madrid, mi buen maestro?

La visión del ilustrado le calmó momentáneamente.

-Tenéis razón, don Gaspar, pero permitidme que mi miedo campe a sus anchas hasta la hora convenida.

Jovellanos sonrió complaciente.

- Os lo permito. Me alegra tropezarme con vos pues precisamente quería anunciaros algo.

Juan Barreto disimuló su parálisis pues lo primero que se le pasó por la cabeza fue el desenmascaramiento de don Alfonso como hermano imaginario de don Diego.

- Lo ha firmado- le dijo con la voz del secreto.

El maestro lo miró sin comprender.

- ¿Lo ha firmado?

- El decreto, el monarca lo ha firmado. ¿No os alegra? Precisamente erais vos quien más había insistido en ello.

- ¿Os referís a la expropiación de las tierras de lo nobles?- preguntó incrédulo.

- Y de la iglesia, como añadiría nuestro querido Goya, quien me ha pedido que os comunicara que ha finalizado vuestro retrato.

Juan Barreto no sabía cuál de las dos noticias le maravillaba más, si la firma del monarca o haber pasado al catálogo de obras del pintor más importante de España tras Velázquez.

- Habéis convencido al monarca- pudo expresar al fin el maestro.

- ¿No es maravilloso? No obstante- y de la sonrisa pasó a la incertidumbre-, no me hizo falta usar mucho mis dotes de convicción. Casi podría decirse que accedió a la primera tentativa y os aseguro que eso es muy extraño en él.

Juan Barreto recordó con claridad que aquella inquietud también le había asaltado a don Alfonso cuando convenció al rey de su plan.

- ¿Y cuándo se hará efectivo?

- Eso es un misterio; difícilmente antes de que acabe el verano, pero tal y como está ahora el monarca, nunca se sabe. Sabe Dios las consecuencias que tendrá esta firma- y suspiró- Bueno, mi buen amigo,

yo me despido por esta noche.

- ¿Os vais?-preguntó sin ocultar su desánimo.

- Sí, mucho me temo que estas celebraciones no cazan ni con mi ánimo ni con mi persona. Pero no temáis, que estaréis bien custodiado. Sí, os comprendo-continuó al ver la desazón de Juan Barreto al contemplar el salón-, a mí también me abrumba este palacio.

- Creo que mi pueblo cabría todo aquí dentro.

Jovellanos dejó escapar una pequeña carcajada.

- Aunque exageráis, lleváis algo de razón: las monarquías creen que cuanto más boato muestren más poder tienen, sin comprender que son justamente sus súbditos los que han de enriquecerse para que el país se fortalezca. Qué le vamos a hacer.

Don Gaspar se despidió y el maestro contempló su marcha con envidia. Después de todo, no podía evitar sentirse prisionero del monarca, por mucho que este les hubiera prometido la libertad al capturar a su codiciado pirata. Deambuló un tiempo por los salones abiertos a la recepción. Un mar de pelucas lo habían invadido. La pequeña orquesta de cámara amenizaba la velada con las piezas más celebradas de Boccherini.

Una repentina agitación junto a una de las ventanas llamó la atención del maestro. Se acercó con discreción y temor hasta comprobar aliviado que el motivo de su falsa alarma no era otra que Rocío. La joven andaluza había sido ataviada para la ocasión con un gusto exuberante. Los hombres la miraban con el aturdimiento de los lobos y las mujeres con los celos de la rivalidad. En realidad, era un ejercicio muy arduo no desviar los ojos hacia ella. Una vez se posaba la mirada en su belleza, se caía sin remedio en su embrujo. De este modo, un grupo de moscardones con peluca revoloteaban a su alrededor para mayor vanagloria de Rocío. Con todos ellos jugaba, a todos les reía las gracias o les golpeaba en el hombro con su abanico, presuntamente escandalizada ante algún comentario fuera de tono.

- No es de esa joven de quien debéis estar atento.

La voz, en extremo aguda para ser de un hombre, sonó enérgica, autoritaria. Juan Barreto, a punto de cuadrarse, miró intimidado a su izquierda para encontrarse con un oficial de la guardia. No era muy alto, y su edad parecía avanzada pero su actitud briosa y mirada amenazante enmudeció al maestro. Para reforzar su actitud había colocado los brazos en jarras.

- Recordad, joven, por qué estáis aquí esta noche. Os va la libertad en ello. No defraudéis al rey, ¿entendido?

Juan Barreto asintió como un niño al que reprendieran una trastada. Respiró aliviado al ver marchar a personaje tan singular, cayendo en la cuenta de que, después de todo, su rostro le había resultado familiar.

- Con qué gusto les rebanaría el pescuezo.

Ahora la nueva voz había sonado en un susurro rebotado de celos. Aunque el comentario a sotto voce sorprendió al maestro, quedó más tranquilo al comprobar que había salido del amor silente del capitán Cardosa.

- Pues ella no parece estar pasándolo mal- le dijo alegrándose en el fondo de tenerle a su lado.

- Justo el comentario que necesitaba para tranquilizarme- Juan Barreto se mordió el labio cohibido por su propia torpeza-, pero tenéis razón; de hecho, es la única que está disfrutando con todo esto.

Cardosa vestía un uniforme de oficial de la guardia del rey que, supuso el maestro, le harían recordar esos años tan felices y gloriosos que había vivido. Quizás por ello se mostraba más tosco que de costumbre. Ambos observaron que, sin motivo aparente, Rocío ignoraba los comentarios de los moscardones para mirar con disimulo hacia la escalera. Juan Barreto siguió la mirada de la joven para encontrarse con algo que lo dejó paralizado.

-¿Qué os ocurre?- preguntó el capitán sin entender su actitud- ¿Quién es ese hombre al que miráis tanto vos como Rocío como si hubierais visto un fantasma? No fue más que terminar la pregunta, Cardosa supo la respuesta sin necesidad de que le contestara-. Santo Dios- susurró-. Es él, es ese pirata, ¿verdad?- el maestro asintió conmovido-. Ha sido capaz de venir- dijo con cierta admiración.

El maestro no supo si alabar la decisión de don Diego de aparecer en la fiesta o tacharlo de soberana estupidez. ¿En eso consistía su plan? ¿Realmente pretendía robar los cuchillos y salir del palacio como si nada? Sin embargo, ahí estaba, inmóvil, junto a la escalera, buscando alguna cara amiga como si oteara el horizonte en busca de algún barco que abordar. Encontró los ojos de Rocío que se iluminaron de alegría. Don Diego tuvo tiempo de indicarle con un gesto discreto que se contuviera. Luego, caminó con gran parsimonia hacia el maestro y el oficial.

- Pero...

Fue lo único que pudo decir Juan Barreto pues el pirata le interrumpió de inmediato.

- Mi buen amigo Juan Barreto, me alegro mucho de veros. Habéis medrado considerablemente desde la última vez que os vi en la prisión de Cádiz, ¿eh, bribón?- y rió dándole un golpe en el hombro. Su entusiasmo y fingida sorpresa eran tal que el maestro empezó a preguntarse si no serían realmente dos personas distintas don Alfonso y don Diego- ¿Cómo vos por palacio?- dijo con la intención de que le oyeran los más próximos.

Los nervios del maestro terminaron por traicionarle dejándole sin poder pronunciar palabra. En realidad, solo deseaba preguntar al pirata cómo tenía pensado escapar de semejante situación. Don Diego, consciente de la parálisis del maestro desvió la atención hacia Cardosa.

- Vos debéis ser el general Cardosa; es un honor- e hizo un ligera pero cortés reverencia que no alteró el mutismo y la seriedad del militar- yo soy...

- Diego Quintana y Salazar, un pirata, un vulgar filibustero- le interrumpió Cardosa con desprecio.

- Bueno- repuso el pirata reflexivo- es un punto de vista. No lo comparto, pero teniendo en cuenta que yo os he nombrado según vuestro antiguo escalafón, vos podrías mostrarme algo de respeto.

- ¿A un criminal? Jamás. ¿De verdad pensáis que podréis iros de rositas de aquí?

- Mi buen oficial- le contestó el pirata sin perder la compostura-, de algún modo que desconozco, llamadlo providencia o buena estrella o, simplemente, buena suerte, el caso es que yo siempre me salgo de rositas- y sonrió complacido de sí mismo.

- Nada me impide deteneros aquí mismo y cortar por lo sano vuestra buena suerte- amenazó Cardosa llevándose la mano a la empuñadura de su espada.

- No, no, no, capitán- reaccionó al fin Juan Barreto llevándose del brazo a Cardosa para hablarle en voz baja-, recordad las órdenes del rey: soy yo quien debe llevarle a la habitación de los cuchillos y allí será detenido.

- Está bien- dijo el capitán apretando la mandíbula-, pero daros prisa- y mostró al pirata una mueca parecida a una sonrisa, gesto

correspondido por don Diego por una sonrisa más amplia.

Juan Barreto se acercó al pirata tratando de contener sus nervios. Sentía que las piernas se le agarrotaban al tiempo que una fuerte presión en el pecho le dificultaba la respiración. Las manos le sudaban y padecía de una terrible sed. Por alguna razón que no era capaz de comprender, le inquietaba el hecho de que don Diego pudiera ser apresado. Era como si él mismo lo condujera directo a la horca, y, sin embargo, el pirata no mostraba la más mínima preocupación al respecto; es más, parecía hacer gala de su presencia mostrándose a los cuatro puntos cardinales.

- No es buena idea soliviantar al capitán- le reprochó Juan Barreto al llegar junto al pirata.

- Y no lo pretendía. Conozco bien su fama de espadachín, descuidado. ¿Y bien?, no tenéis que llevarme a cierta habitación- le dijo en voz baja.

- Ah, ¿pero seguís empeñado en ir a sabiendas de que ese será vuestro fin? ¿He de re recordaros que la ventana está tapiada?

- No hace falta, la mandé tapiar yo, es decir, mi hermano; además, el rey nos está observando, ya no hay remedio.

En efecto, Carlos III les observaba sin demasiados disimulos desde su silla.

- ¿Y vuestro hermano no está con él?- preguntó Juan Barreto.

- Pero mi buen amigo, yo soy mi hermano, no puedo estar en dos sitios a la vez.

- Me refería a la excusa que le habéis dado al rey.

- Que estoy indispuerto; nada más sencillo- y sonrió-. Ahora llevadme en presencia de mis cuchillos del alma.

Justo en ese instante sintió el pirata que se le echaban encima. No se trataba de ningún guardia, era pronto aún para eso, sino de la fogosa Rocío que lo rodeó enseguida con sus brazos.

- Diego, qué alegría, qué alegría- gritaba sin discreción.

- Mi buena Rocío, estáis más hermosa que nunca.

- Pero qué loco sois, ¿cómo se os ocurre venir? ¿No sabéis que

somos los encargados de apresarlos?

-¿Os referís a estos preciosos brazos que rodean mi cuello?

Rocío rió. Juan Barreto no podía menos que asustarse al ver el rostro de ira contenido de Cardosa al observar la escena.

- No, bobo, claro que no. Os advierto que habéis caído en una trampa- dijo feliz, como si no se percatara de la trascendencia del momento.

- Me encantan las trampas. Hay algo de encantador en ellas que acabas atrapado- y rió.

- Antes de que os prendan quiero bailar con vos- propuso poniendo morritos de niña mimada.

- ¿Bailar, mi lozana andaluza?, ¿ahora?- y miró alarmado al maestro, quien se encogió de hombros indicando así su falta de ideas para evitar dicho baile.

- Claro, aprovechemos que han empezado los demás.

A pesar del amparo solicitado por el pirata, Juan Barreto no pudo remediar que la pareja danzara. Para su sorpresa, don Diego dominaba con soltura el arte del baile. El pirata y Rocío hablaban y reían, teniendo que reconocer el maestro que hacían buena pareja. Cardosa, sin embargo, se movía de un lado a otro, como tigre enjaulado, sin quitarles ojo. El monarca había cambiado el desprecio hacia el pirata por la curiosidad hacia semejante espécimen que tenía el descaro de danzar delante de sus narices. El maestro observaba al viejo oficial que le había reprendido su distracción teniendo una vez más esa extraña, y molesta, sensación de familiaridad. La pieza terminó y la pareja se inclinó delante del monarca sabiéndose, además, protagonistas del momento, pues todos los asistentes les aplaudían. Don Diego y Rocío regresaron junto al maestro.

- Ahora bebamos algo- propuso la andaluza entusiasmada.

El pirata miró al maestro abriendo los ojos con alarma. Se imponía una reacción rápida.

- Desde luego- confirmó Juan Barreto sonriendo-, pero primero he de acompañar a don Diego a un lugar.

Rocío cogió con violencia del brazo al maestro retrocediendo unos pasos con él.

- ¿Pero no veis que si os lo lleváis a esa habitación le prenderán?- se quejó en un susurro enrabiado.

- Ese es el trato- le respondió el maestro-, ese es nuestro cometido. Nos darán la libertad por ello. ¿Es que no ansiáis ser libre?

- Sí- Rocío arrugó la boca para contener sus lágrimas-, pero es que no quiero que lo apresen.

- Pues así tendrá que ser- señaló Juan Barreto con una seguridad que desconocía tener-. Además, ya veis que a él no parece importarle a pesar de que se lo habéis advertido, poniendo el plan en peligro, por cierto.

El maestro abandonó a la andaluza para sonreír a don Diego.

- Vamos, pues.

Ambos caminaron en silencio hacia la estancia de los cuchillos sonriendo a quienes les saludaban. Lo que más irritaba al maestro era esa seguridad desvergonzada con la que avanzaba don Diego, como si el peligro inminente que le acechaba no representara más que un pequeño contratiempo en sus planes. Poseía el don innato de la elegancia; su sonrisa contagiaba; sus gestos estudiados los ejecutaba con la naturalidad de quien ha nacido para agradar. Encararon el pasillo de la estancia en soledad. La puerta se les apareció sin la guardia que la custodiaba. Se detuvieron frente a ella meditando el último paso.

- ¿Estáis seguro de que esto es lo que queréis?- le preguntó el maestro asustado.

- Mi buen maestro, desde el momento en que pisé este imponente palacio fui consciente de mi condena. Vamos allá- y sonrió.

- Esperad, ¿cómo...?- e hizo el gesto de mesarse una barba imaginaria.

- ¿La barba, decís? Es postiza, por supuesto. ¿Qué pensabais?, ¿que la había hecho crecer por arte de magia.

Entró en la habitación.

- Vamos, ¿a qué esperad?- le espetó al maestro, quien permanecía tan inmóvil como incrédulo-, entrad de una vez, demonio.

El pirata se acercó embelesado a los cuchillos. Sus ojos brillaron ante tan ansiada contemplación. Respiraba profundamente como si en sus empuñaduras estuviera viendo la inmensidad de un tesoro acumulado tras

treinta años de fechorías. De pronto, cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

- Rápido, no podemos perder tiempo.

Don Diego alzó la pequeña urna que custodiaba las dagas y la colocó en el suelo. Acto seguido, cogió los cuchillos con delicadeza y los besó con pasión. Como si se percatara de que aquello era un amor imposible, corrió con los cuchillos en mano hacia Juan Barreto, quien retrocedió asustado. Don Diego lo detuvo asiéndole de las ropas y le abrió su casaca.

- Custodiad esto con vuestra vida- le pidió. Colocó los cuchillos en los bolsillos interiores del maestro y corrió hacia el pedestal vacío. Se sacó dos cuchillos de sus botas y los acomodó sobre el terciopelo bermellón en los que se exponían. Los cubrió con la urna y sonrió.

- Son idénticos- señaló con admiración el maestro mientras se acercaba a la urna.

- ¿No os dije que el sabio egipcio me regaló cuatro cuchillos? Todo un previsor ese sultán, sí, señor. Pero los buenos los tenéis vos, de modo que protegédlos. Tengo vuestra palabra.

Juan Barreto no recordaba haberle dado ninguna palabra, pero su perplejidad era tal que le impedía negarlo.

- ¿Y ahora?- pudo decir.

- ¿Ahora?- repitió satisfecho- solo cabe esperar.

- ¿A qué?

La puerta se abrió con violencia.

- A eso- señaló el pirata.

En cuestión de pocos segundos, la estancia se había llenado de guardias. Don Diego no opuso resistencia.

- ¡Traidor!- empezó a gritar mirando a Juan Barreto-¿Cómo habéis podido, rata inmunda? ¡Soltadme, que lo mato!- e hizo fuerza para liberarse de las manos de los guardias-¡Traidor!

Tan sobresaliente era su actuación que el maestro temió realmente por su vida. En aquel instante entró el viejo oficial y el pirata

enmudeció. Se miraron como si entre ellos hubiera una cuenta pendiente.

- Por fin- dijo el oficial con una clara sonrisa de satisfacción-. Por fin en mis manos.

- Dad gracias a ese vil traidor- y don Diego escupió con intención de alcanzar al maestro.

- No seas salvaje- le espetó el oficial dándole una bofetada-. Estás en el palacio Real. Ya tendrás tiempo de escupir mientras te pudras en prisión.

- ¡Su majestad, el rey!- anunció uno de los soldados.

Los presentes abrieron de inmediato un pasillo por donde pasó el monarca acompañado de dos nobles. Carlos III se detuvo frente al pirata.

- Por fin- señaló el rey con su habitual serenidad-, por fin.

Don Diego se inclinó.

- Majestad, vuestro anhelo es para mí un honor.

- Celebro que tengáis educación- dijo el monarca mostrando una pequeña sonrisa.

-No os fiéis, majestad- intervino con autoridad el oficial-, no es más que una rata.

Carlos III miró al oficial con cierto desconcierto.

- No os reconozco- señaló-. Presentaos de inmediato.

El oficial se cuadró en el acto.

- Coronel Francisco de la Torre y Bermejo, al mando de la guardia de palacio, majestad- e hizo una reverencia.

- ¿Desde cuándo?

- Majestad, me han convocado desde provincias. Parece ser que el coronel titular ha caído enfermo. He ahí la explicación de mi presencia aquí, lo cual debo decir que es un honor, porque...

-Sí, sí- le interrumpió el monarca con algo de cansancio-, te he entendido. Parece que hoy a todos les corresponde enfermar- comentó

con disgusto.

- Debe de ser una epidemia majestad, mi madre ha enfermado también-explicó el oficial.

Carlos III miró atónito al oficial.

- ¿Tu madre?, ¿y cuántos años tiene esa buena mujer? Al menos noventa.

- Noventa y seis, majestad.

- Vaya-y miró de nuevo a don Diego- Es una pena que tu hermano también se haya indispuerto, precisamente hoy. Estoy seguro de que le complacería en grado sumo ver tu captura.

- Sí, estoy seguro de que esa señorita se hubiera puesto a dar saltitos de alegría.

-¡Prisionero!, ¿cómo te atreves a responder al rey?- le gritó el viejo oficial poniéndose de puntillas frente al pirata para mirarle a los ojos.

- Está bien, coronel, no te alteres, no pasa nada- le dijo el rey-. Espero por tu bien, pirata, que colabores con la justicia y nos indiques el emplazamiento exacto de las riquezas que habéis robado a la Nación. Llevadlo a los calabozos- ordenó a la guardia que lo sujetaba.

Don Diego dedicó una última y disimulada mirada a Juan Barreto, quien continuaba sin comprender nada.

- Esperad- ordenó el monarca cuando el prisionero ya encaraba la puerta. La guardia hizo girar al pirata para que le mirara-. Ya sé por qué tu hermano no está aquí esta noche- y sonrió. Juan Barreto creyó estar al borde del infarto; incluso percibió cómo se tensaba el rostro de don Diego- Muy astuto, sí señor, muy astuto- continuó hablando mientras se acercaba al reo-, si tu hermano no está aquí es porque sencillamente aún os aprecia y no ha querido ver tu prendimiento- Juan Barreto respiró aliviado-, lo cual dice mucho a su favor. No te mereces un hermano como él. Apartadlo de mi vista- ordenó.

término licenciar al trío cautivo.

- Habéis cumplido con creces- les dijo en privado el monarca- el pirata ha sido apresado. Sois libres- y mostró esa sonrisa triste que solía tener al final de sus alocuciones.

El único de los tres que se alegró de la noticia fue el capitán Cardoso. Incómodo en la banalidad de tanto lujo y sintiendo que en nada había contribuido a la captura de don Diego, lo único que deseaba era abandonar el edificio. Rocío hubiera gustado de seguir jugueteando con los moscardones y Juan Barreto solo pensaba en la actitud suicida del pirata. Todo se había desarrollado de modo muy extraño, como si el pirata tuviera prisa por ser prendido. Algo no le encajaba, pensaba, mientras se palpaba los cuchillos acomodados en los bolsillos interiores de su ropa.

Bajaban ya las escaleras del salón principal cuando Juan Barreto sintió una conmoción en su cuerpo; un insólito impulso que le hizo detener.

- ¿Qué os ocurre, Juan Barreto?- le preguntó Rocío animada al ver el comportamiento de su amigo- Espera, Cardoso, algo le pasa al maestro.

Juan Barreto empezó a palpase el pecho a la altura del diafragma. Algo ocurría ahí dentro; lo notaba, era como una fuerza interior, una cámara llenándose de aire.

- ¿Os duele ahí?- le preguntó la andaluza empezando a preocuparse- ¿Llamo a un médico?

- No lo sé- dijo él con el miedo que provoca lo que no se comprende.

- Estamos en palacio; seguro que hay uno de servicio.

Cardosa se frotaba impaciente el rostro. De pronto, el maestro abrió la boca de un modo poco común, como si deseara formar un embudo con ella. Rocío quería reír, pero el temor a que fuera algo grave se lo impidió. Entonces sucedió: Juan Barreto emitió un sonido agudo pero intenso, similar al de una soprano calentando su voz.

- ¿Qué ha sido eso?- preguntó Rocío sin poder evitar una pequeña carcajada. El maestro la miró confuso y volvió a hacerlo, solo que esta vez el sonido agudo e intenso se prolongó tanto en el tiempo y en el espacio que se transformó en una canción. No podía saberlo pero Juan Barreto había empezado a cantar uno de los temas más celebrados del castrato

Farinelli.

- Y encima con voz de mujer- murmuró Cardosa en pleno ataque de vergüenza ajena.

En efecto, la similitud de su voz con Farinelli era tal que pronto empezaron a asomar los invitados por el hueco de la escalera. Escuchaban embelesados al improvisado cantante haciendo los más viejos comparaciones con el artista italiano. Rocío le escuchaba con las manos en la boca, como si quisiera evitar que se le escapara el asombro. Incluso el rey y sus allegados se asomaron atraídos por tan bella voz. Juan Barreto deseaba que alguien le diera una explicación razonable de lo que le estaba sucediendo. Por fin finalizó la canción. Un profundo silencio se hizo hasta que Carlos III empezó a aplaudir agradecido; fue entonces cuando una ovación acalorada se derramó escaleras abajo. Rocío siguió su impulso y abrazó emocionada al maestro. Los aplausos se prolongaban tanto que Juan Barreto no tuvo otro remedio que inclinarse para corresponderlos.

- No sabía que supierais cantar tan divinamente- le comentó Rocío saliendo del palacio.

- Yo tampoco.

- Daros prisa, ¿queréis?- les conminó Cardosa.

- ¿Y el carruaje?- preguntó la andaluza una vez fuera.

- No hay carruaje- le contestó Cardosa alejándose a paso vivo-. Son así de miserables.

- Pero yo no puedo caminar así.

- Hoy sí.

Rocío apretó los labios y, en un gesto impulsivo, se quitó los zapatos para empezar a andar y se hubiera soplado el flequillo de no ser por el tocado que recogía su cabello. Juan Barreto continuaba ensimismado, tratando de averiguar qué es lo que le había pasado. En tales barruntos entretenía su sesera cuando se percató de lo mucho que se habían alejado sus amigos. Los tres parecían haber discutido acaloradamente, a tenor de las distancias que se guardaban. Tomó aire el maestro para rogarles que les esperaran cuando sucedió algo tan terrible como inesperado.

Unos diez hombres salieron de las sombras en dirección a Rocío, quien no tardó en gritar auxilio. El maestro y el militar corrieron hacia el grupo prestos a salvarla, aunque, en realidad, Juan Barreto no tuviera ni la más remota idea de cómo enfrentarse a ellos. Solo sabía que su

dignidad le había pedido correr y que el corazón se debatía entre escapársele por la boca o pararse en seco. El que parecía el jefe del grupo había cogido del cuello a Rocío protegiéndose con su cuerpo; sus compañeros habían hecho corro a su alrededor enseñando sus armas.

- Te dije que no me olvidaría de ti, Juan Barreto.

El maestro fue incapaz de reaccionar al reconocer a Carrasco, el antiguo contraamaestre de don Diego.

- Soltadla, sabandijas- gritó Cardosa, quien no necesitó más presentaciones para empezar tan dispar pugna.

El contraamaestre no hacía por luchar, simplemente confiaba en la habilidad de sus hombres para frenar a Cardosa, quien ya había acabado con dos de los asaltantes.

- Pero no os quedéis como un pasmarote- se quejó Cardosa ante la actitud del maestro-. Haced algo, moveos.

- ¿Cómo?- le gritó desesperado desde su lado-, no voy armado.

Rocío, mientras, hacía cuanto podía por soltarse de tan rudas manos. Dos de los hombres rodearon al indefenso maestro, prestos a atravesarles con sus armas. Quiso la providencia, los nervios, o lo que fuera, que Juan Barreto se palpara el pecho con temor, recordando al fin que, en realidad, sí que iba armado. Sacó los dos puñales y se echó atrás justo antes de ser embestido por los piratas. Aprovechando su fallo, a uno le clavó el puñal en el estómago y al otro en la espalda.

El contraamaestre quedó paralizado.

- Los cuchillos de Diego- murmuró-. Dame esos cuchillos inmediatamente- le gritó.

- Suelta a la dama- gritó él.

- Los cuchillos primero.

- ¡No!

Viendo el contraamaestre que la negociación no tomaba la dirección deseada para sus intereses y temiendo verse amenazado por Cardosa, que ya había dado buena cuenta de cuatro de los atacantes, sacó su pistola y la colocó en la sien de Rocío. Justo iba a hablar cuando recibió un aviso de uno de sus hombres. El contraamaestre giró la cabeza y con un acto reflejo, disparó casi a bocajarro a Cardosa; el oficial paró en seco con la espada levantada a punto de dar la estocada sobre el criminal,

quien sonrió orgulloso de su tiro certero. Fue tal el grito de horror lanzado por Rocío que el contraataca tomó la opción de retirarse con los hombres que le quedaban y con su presa, pues bien sabía que entre el disparo y el alarido la guardia no tardaría en aparecer.

- Si quieres verla de nuevo con vida, no tienes más que entregarme esos cuchillos. Ya sabes dónde puedes encontrarme.

Corrieron los criminales llevándose a la andaluza a cuestas. Quiso el maestro correr tras ellos, pero la figura malherida de Cardosa en el suelo le hizo desistir.

- ¿Estáis bien?- le preguntó el maestro colocando la cabeza del militar en su regazo.

- Acaban de dispararme en el pecho, ¿cómo creéis que me encuentro?- se quejó él a duras penas. Su voz era débil y entrecortada, su respiración agitada hacía pensar lo peor-. Parece mi buen maestro que aquí acaban mis días.

- No digáis eso, enseguida vendrán a ayudarnos. ¡Ayuda!- gritó-, ¡auxilio! ¡Por dios, si estamos junto al palacio!

El militar arrugó molesto el rostro.

- Dejad ya de gritar. Prefiero morir antes que escuchar vuestros graznidos.

- ¿Pero por qué no viene nadie?- se preguntó el maestro mirando a todas direcciones.

- Vendrán- dijo con creciente dificultad Cardosa-, pero cuando ya no hagan falta.

- No digáis eso, os lo ruego.

-Digo lo que me place; y ahora, cerrad esa boca, no me interrumpáis más- tuvo que callar ante el esfuerzo de tantas palabras pronunciadas; un pequeño hilo de sangre comenzó a manar de su boca- Mucho me temo que no podré daros vuestra ínsula, maestro. No he sido un buen Quijote, precisamente. Decidle a nuestra Dulcinea que es una puta- Juan Barreto arqueó las cejas sorprendido ante aquella petición-. Una puta que me hizo feliz.

Cardosa sonrió con el recuerdo de Rocío en sus ojos y eso fue lo último que hizo en vida. Sintió el maestro su último aliento acariciando sus manos. Las lágrimas empezaron a brotarle ante una pérdida tan injusta como insospechada. Con cada llanto, con cada gemido, recordaba

los cruentos golpes que a lo largo de los años había recibido el oficial. Y, en efecto, cuando ya nada podían aportar, llegaron los guardias al lugar de la tragedia. Juan Barreto estrechó el rostro de su amigo contra su pecho y comenzó a llorar en silencio.